

## La historia reciente de las luchas en La Araucanía

# Rutas mapuche hacia la autodeterminación

por Fernando Pairican\*

Para fines del 2002, la sensación en los actores mapuche de la cuestión autodeterminista era del cierre de una etapa emergida a mediados de 1992 con el nacimiento de la wenufoye -o bandera Mapuche- que le había brindado identidad al movimiento. Como todo proceso histórico, este se había comenzado a incubar años antes, a través de un proceso colectivo de distintos y distintas actores que lo hicieron posible. Sin duda que el hito determinante fue la revolución capitalista desarrollada por la dictadura que decidió romper los últimos reductos de sociabilidad comunitaria que persistían al interior del pueblo mapuche, al decretar la división de las comunidades en propiedades individuales.

El vuelco del proceso se dio en 1997, por dos hechos al parecer desconectados pero que hablaban de un común: la protesta ante la construcción de la represa hidroeléctrica Ralco y el incendio de los tres camiones de forestal Arauco en Lumaco. Desde ese momento se fue configurando el movimiento autodeterminista que ocupó distintos instrumentos para conquistar sus derechos políticos. Desde la diplomacia del *Aukiñ Wallmapu Ngulam*, la vía política encabezada por Adolfo Millaur y la Identidad Territorial Lafquenche a través del municipio de Tirúa y la violencia política descolonizadora de la *Coordinadora Arauco-Malleco*. En ese momento, como sostiene Tito Tricot emergió un “movimiento Mapuche de resistencia” (1).

El 2002 es clave en la historia del movimiento por tres aspectos. A principios de aquel año comenzó a operar la “Operación Paciencia”, trabajo de inteligencia diseñado en el transcurso del año 2000 por José Alejandro Bernales en su paso por Dipolcar. El fallecido jefe policial diagnosticó que existía poca información sobre las razones, los actores y los motivos de una conflictividad que estaba escalando en su accionar cuantitativo y cualitativo. Al poco tiempo, a raíz de las críticas de los empresarios y la oposición al gobierno de Ricardo Lagos -producto de las recuperaciones simbólicas y las quemadas que afectaron a plantaciones forestales y haciendas de agricultores durante el año 2001- se dio un vuelco en la conducción policial de la cuestión mapuche. Bernales fue ascendido a general de la IX zona de Carabineros para comenzar a “enfrentar la agitación mapuche como un problema de orden y seguridad” (2).

### Operación Paciencia

Su primera medida fue unificar los mandos de la región del Biobío y La Araucanía bajo su conducción. Debajo de él, una plana mayor asesora con un encargado de inteligencia por región que también centralizó en un solo funcionario. Otra medida fue cercar las comunidades con mayor conflicto a través de retenes móviles. De esa forma, el general Bernales se convirtió “en el brazo duro del conflicto social más intenso de los últimos años” (3).

La Operación Paciencia investigó al movimiento autodeterminista en su ple-

nitudo, pero se focalizó en la CAM, a esa altura consignada por la Dirección de Seguridad Pública e Informaciones (DISPI) -dirigida por el abogado socialista Gustavo Villalobos-, como una organización “insurreccional” que buscaba “incentivar un alzamiento indígena”. Para tal propósito sostenía la DISPI, la CAM había cambiado su estructura política, estableciendo una “dirección colectiva” en la cual se decidían “las estrategias de lucha en el plano operativo y político”. Subrayaba el abogado socialista en esos años que la CAM no era una organización tradicional y eso mismo la convertía en “un riesgo serio” (4).

A raíz de este lineamiento de seguridad política y la poca posibilidad de llevar dentro de la institucionalidad las aspiraciones políticas del movimiento, la violencia de todos los actores comenzó a escalar. Los agricultores desempolvaban a un antiguo alférez de la vieja frontera considerado el primer policía de Chile. Nació el Comando Hernán Trizano, que prometió “empezar represalias contra los señores indígenas, en defensa de los agricultores, las forestales e hidroeléctricas”. José Huenchunao -ya en la clandestinidad- señalaba que dependiendo de quién muriera la situación sería ventajosa o desventajosa. “Si muere un mapuche creo que la gente se levantará con mayor fuerza”. Óptica similar era la del *werken* interno de la CAM, “José Llanquilef”, el que presagiaba el inicio de un “levantamiento del pueblo mapuche”. Mientras que el Ministro del Interior de aquel entonces, José Miguel Insulza, señalaba que todos los días trabajaba para que no hubiera muertos. No lo consiguió.

### Alex Lemun

El 7 de noviembre del 2002, Marco Aurelio Treuer disparó su armamento antimotín contra un grupo de comuneros que ejercía el control territorial en el fundo Santa Alicia de forestal Mininco, impactando en el cráneo al joven de 17 años Edmundo Alex Lemun Saavedra, quien murió cinco días después. Nació -tristemente- lo que José Llanquileo, *werken* de la CAM, llamó en su *eluwün* como “el primer mártir de este nuevo proceso de lucha” (5).

El levantamiento del pueblo mapuche que previeron los líderes de la CAM no ocurrió luego de la muerte de Lemun. Sí consolidaba una política caracterizada por la criminalización a la cuestión mapuche

y un discurso sacrificial para la militancia del movimiento. Posiblemente ese sea una de las cuestiones determinantes del aquel año: todos los actores previeron la posibilidad de una muerte pero nadie hizo nada para evitarla. La tragedia se apoderaba de la cuestión autodeterminista.

“La razzia” y la “era de la judicialización emblemática” se toma la protesta mapuche. Uno a uno fueron capturados los dirigentes de la CAM, militantes y autoridades tradicionales. También los miembros más radicales del Consejo de Todas las Tierras. Para principios del año 2003, cerca de treinta presos políticos estaban encerrados en las distintas cárceles regionales. Fue en ese momento que una decisión terminó por estremecer al movimiento: las emblemáticas hermanas Quintemañ aceptaban negociar sus tierras con ENDESA-España. Se configuraba la sensación de una derrota de la resistencia al interior del movimiento Mapuche.

### Criminalización

La “criminalización a la protesta social mapuche” como la llamó el Relator de la ONU, Rodolfo Stavenhagen en su visita en abril de 2003, es “un conjunto selectivo de ellas ocurridas durante un tiempo determinado”. En el transcurso del año 2003, el juico “Los Lonkos”, “Poluco-Pidenco” y “Asociación Ilícita Terrorista”, terminaron en sentencias entre cinco a diez años a autoridades tradicionales y militantes de la Coordinadora. Se cerraba una coyuntura de la historia del movimiento, que a mediados del año 2004, el gobierno de Ricardo Lagos podía dar a conocer públicamente que todo había sido “el resultado de una exitosa y sistemática labor de inteligencia policial denominada Operación Paciencia”. La *Coordinadora Arauco-Malleco* -paradójicamente el mismo año que se conmemoraban treinta años del golpe de Estado-, tenía que declarar que “nuestro estado es de clandestinidad política” (6).

A fines de octubre la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato entregó en Santiago el publicitado informe al Presidente Ricardo Lagos. Lo que podría haber abierto una nueva etapa en las relaciones del Estado con el pueblo mapuche, había sido erosionado producto de la Operación Paciencia y la judicialización de algunos de sus actores políticos. En su elaboración había participado gran parte de los líderes del movimiento autodeterminista (7). No obstante, cuando irrumpió el documento el sentimiento fue más que nada de frustración. El gobierno se comprometía en ratificar el Convenio 169 de la OIT, impulsar un reconocimiento constitucional, avanzar en la elección de representantes indígenas al parlamento, educar interculturalmente a su población y una integración con identidad. Muchas de esas promesas fueron acordadas, e incumplidas, en el Acuerdo de Nueva Imperial en 1989, encabezado por el que sería el primer presidente de la transición, Patricio Aylwin.

Nada se decía sobre el derecho a la autodeterminación o avanzar en constituir espacios de autonomía. El hecho más trascendental, es que aquellas promesas in-

cumplidas en 1989 eran “novedosas” o “vanguardistas” para esos tiempos, pero la irrupción del movimiento mapuche autodeterminista y la radical protesta que terminó sobrepasando los marcos de la legalidad al no encontrar espacios dentro de la institucionalidad para construir su paradigma, generaron una autoafirmación y construyeron una nueva etapa en la historia reciente del pueblo mapuche. Los gobiernos no lo comprendieron y eso explica la decisión de criminalizar la cuestión autodeterminista.

¿Cómo podría haber pasado el Estado a la “vanguardia” en materia indígena? Sentándose con las organizaciones representativas del pueblo mapuche para iniciar un diálogo en la perspectiva de cumplir los derechos políticos y aceptar su derecho a libre determinarse. Pero la clase política chilena seguía mirando a los mapuche con ópticas del siglo XX. Los políticos mapuche desafiando con perspectivas del siglo XXI.

No todo era negativo. El informe reconocía que el Estado en el siglo XIX había comenzado su proceso de expansión encontrándose “con la existencia de numerosos indígenas que habitan esos espacios, en lo que no se ejercitaba la soberanía de manera efectiva o simplemente no pertenecían a la nación” (8). Se aceptaba que los pueblos indígenas habían sido ocupados territorialmente y su soberanía suspendida.

Con ello, las aspiraciones de liberación nacional del movimiento autodeterminista se reafirmaban. Como señalaron tres años después los autores de *Escucha Winka* “un movimiento de liberación nacional reivindica a una nación que está en una situación colonial, por lo cual nosotros los mapuche tenemos el derecho y la obligación de hablar de liberación nacional, lo que implica exigir los derechos de autodeterminación que en algún momento se nos suspendieron” (9).

### Remezón

Todo proceso de emancipación recurre a la historia. El movimiento mapuche había logrado, luego de batallar profundamente una década, forzar al Estado a oficializar el despojo. La historia le daba la razón al movimiento autodeterminista y nuevos insumos ideológicos emergían para las generaciones futuras de militantes encargados de continuar la utopía de *Wallmapu*. No obstante, el Estado con el objetivo de recolonizar a los habitantes del país Mapuche, oficializó una política proyectual que no ha tenido variaciones, descender la pobreza a través del asistencialismo y judicializar a sus expresiones más rebeldes. Sin dejar la coerción policial, que desde el año 2003 ha generado el ascenso de la represión que solo ha elevado la violencia a través de los allanamientos y los asesinatos de militantes como Catrileo y Mendoza Collío. Ambos a mano de Fuerzas Especiales. Ambos bajo la administración de Michelle Bachelet.

“Hoy el enemigo es el que avanza a pasos agigantados” señalaba *Azkintuwe*, diario mapuche fundado el 12 de octubre del

2003. Se hacía urgente acabar con esa sensación de estancamiento que primaba a raíz de la política del Estado. Los golpes habían tocado la columna vertebral del movimiento de resistencia mapuche y en ese espacio parecía que la política mapuche giraba al centro político. Eso explica el nacimiento del partido Wallmapuwen a fines del 2005, que buscaba a través de la institucionalidad avanzar en espacios de autonomía territorial como herramienta para el autogobierno y el ejercicio de la autodeterminación. Proyecto que ya venía construyendo la *Identidad* a través del municipio de Tirúa y que tuvo un respaldo importante en el año 2012, cuando tres nuevos alcaldes autoafirmados como militantes autonomistas conquistaron nuevos municipios.

En 2006 nació la Alianza Territorial Mapuche, que encabezada por Mijael Carbone continuaba con el Control Territorial ideado por la CAM años antes como base para la reconstrucción “desde abajo” de Wallmapu. Un año después, Aucan Huilcaman podía sonreír al ser parte de la comisión de la ONU que ofi-

cializó en “los derechos de los pueblos indígenas” la autodeterminación. Huilcaman volvería con el documento bajo el brazo e intentaría desde los derechos internacionales hacer cumplir al Estado esa tarea. La utopía mapuche ahora tenía legitimidad internacional.

Paralelamente, los *weichafe* de la *Coordinadora* a punta de “la voluntad” seguían golpeando a sus grandes enemigos (empresas capitalistas) y enemigos históricos (agricultores). Aquello generó un nuevo ciclo represivo entre el 2008 y 2009, prefigurando la masiva huelga de hambre que tiñó las fiestas triunfalistas del Bicentenario de la República. Así las tres vías a la autodeterminación comenzaron a disputarse las bases indígenas; el Control Territorial, la vía política y la presión desde arriba en los derechos internacionales. Hasta que la muerte del matrimonio Luchsinger Mackay, en enero de 2013, removió al movimiento nuevamente.

Jorge Luchsinger bajó la cabeza cuando en el juicio contra el Machi Celestino Córdova mostraron las imágenes de los restos de sus padres. En otra oportunidad decidió

abandonar la sala. Religión y política juntos en un mismo caso, el paso para que una lucha por derechos políticos se convirtiera en un fundamentalismo étnico, frente a una contraparte encerrada en criminalizar y no sentarse a dialogar políticamente con sus dirigencias. Si Bachelet consideró en su campaña que la Ley Antiterrorista fue un error, es hora que enmiende ello decretando una amnistía a los prisioneros y avanzar en el derecho a la libre determinación del pueblo mapuche. Si algo se ha cumplido, fueron las lejanas palabras de Santos Millao en plena dictadura, “la autonomía es una aspiración que seguramente levantará polémica entre aquellos que pretendieron y pretender exterminarnos como pueblo”. Veremos si el nuevo gobierno mira al pueblo mapuche en perspectivas del siglo XXI y deja atrás el siglo XX para enterrar para siempre el siglo XIX cuando la “civilización” se impuso a la “barbarie”, legitimando la Ocupación de La Araucanía. ■

1. *Tito Tricot*, “Autonomía. El movimiento Mapuche de resistencia”. Editorial CEIBO, 2012.

2. *The Clinic*, “Los años secretos de José Bernales”. N°250, 2008. P 6-8.

3. *Ibid.*

4. *El Mercurio*, “Activista aspiran a la Autonomía”. 01/02/2001. CA10.

5. *El Siglo*, “Hacia una nueva ‘Pacificación de la Araucanía’”. 22 de marzo de 2002. P 3; *El Mercurio*, “Habla líder de la Coordinadora de Comunidades”. 28/12/2000. C11; “Insulza ratifica la dureza de Lagos con violentistas”. 17/03/2002. C3; *Resumen Latinoamericano*, “La lucha mapuche es nacionalista, anticapitalista y revolucionaria”. Marzo-abril de 2002.

6. *Lillo, Mella y González*, “La política de criminalización del movimiento mapuche bajo el sexenio de Lagos”. En *Yañez y Aylwin*, “El gobierno de Lagos, los pueblos indígenas y el “nuevo trato”. Paradojas de la democracia chilena. LOM, 2007. P 67; *Pairican y Álvarez*, “La nueva guerra de Arauco. La CAM y los nuevos movimientos de resistencia Mapuche”. En *Modonessi y Rebón*, Una década en movimiento. luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI. CLACSO/PROMETEO, 2011.

7. Aucan Huilcaman a nombre del *Aukiñ Wallampu Ngulam*, Adolfo Millaur a nombre de la *Identidad Territorial Lafquenche*, Alfonso Reimán a nombre de la *Asociación Ñancuqueo de Lumaco* y Santos Millao a nombre de *Ad-Mapu*.

8. *Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato (CVHNT)*, “Introducción”. Editorial LOM, 2008. p 36

9. *Mariman, Caniqueo, Millalén y Levil, Op.Cit.*, p 259.

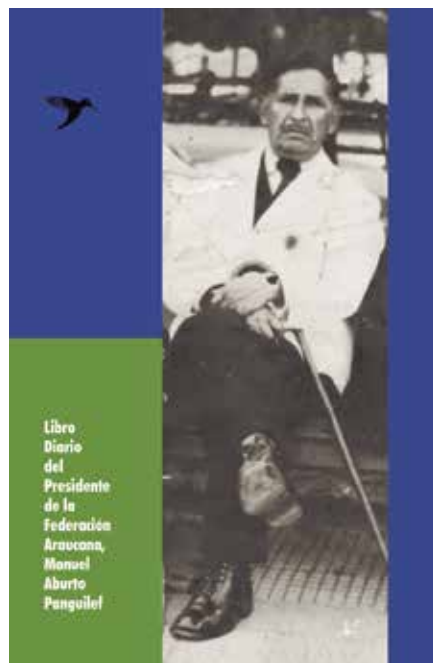
\*Historiador.

# Manuel Aburto Panguilef: Ungido para escribir la Historia

por Jaime Luis Huenún\*

El voluminoso texto titulado *Libro Diario del Presidente de la Federación Araucana Manuel Aburto Panguilef*, con sus 980 apretadas páginas, se inscribe en un largo y laborioso proceso que investigadores y académicos mapuches y no mapuches han venido realizando con el fin explícito de desclasificar, siguiendo en ocasiones las operatorias y los métodos de la exhumación forense o arqueológica, archivos y escrituras indígenas de variada índole y proyección. En este caso particular, se trata de la exhumación lenta y pormenorizada que el antropólogo André Menard –con la colaboración eficiente y activa de Claudio Cratchley–, ha realizado de una parte de los diarios y actas del dirigente, político y místico Manuel Aburto Panguilef, figura central del movimiento social y cultural mapuche de la primera mitad del siglo XX. Los documentos aquí incorporados datan de 1940 a 1951 y consideran una mínima muestra de lo que, según datos testimoniales fidedignos, fue el legado documental y escritural de Aburto y la Federación Araucana, la organización culturalista que encabezó con voluble fortuna por casi 35 años.

Ciertamente, un texto como el *Libro Diario...*, por sus características y dimensiones, puede ser interpelado, interpretado o reseñado desde todas las perspectivas y disciplinas posibles. Caben aquí las exégesis historiográficas, antropológicas, políticas, religiosas, jurídicas, literarias, lingüísticas, etnográficas, filosóficas, psicoanalíticas, etcétera. Un libro totalizante de tan complejos alcances como el que hoy tenemos en nuestras manos, nunca se agota en una sola línea de análisis, pues su rendimiento social, literario y cultural, por utilizar un concepto en boga, pertenece inevitablemente a los lectores del futuro. A lo anterior necesariamente debemos añadir que la escritura aburtiana permaneció en el limbo de lo inédito y desconocido por casi 62 años, agregando con ello una pregunta que no por inquietante resulta menos válida: ¿qué hubiera pasado si es-



tos documentos se hubiesen publicado en vida de Aburto? ¿Serían las mismas la historia, la cultura y la literatura mapuche vigentes hoy? Glosas y apuntes conjeturales pueden ir y venir a este respecto, aunque ya el dramaturgo griego Esquilo, según el decir del poeta italiano Salvatore Quasimodo, enarbolaba una sentencia que traspasa los tiempos y los espacios terrenales: «Sostengo que el muerto mata al vivo». Frase muy pertinente, a nuestro juicio, para especular en torno a la hipotética influencia y poder de irradiación de la obra aburtiana, la que si bien es rescatada en primera instancia como un documento testimonial y político, puede perfectamente ser leída en nuestros días como novela, prosa poética, sueño místico y profético, crónica, reportaje, rogativa escriturada o canto torrencial, desmesurado y magnético.

Sin saberlo, Aburto estampó en sus cuadernos y libros de actas, una escritura que lo convierte en el cuerpo y la cabeza de la oculta vanguardia literaria indígena de Chile. Hablamos de una escritura multifacética y explosiva, experimental en su método y

su práctica, construida con los poderosos e inestables materiales del delirio y la visión y con las herramientas que le proveyeron dos idiomas en constante fricción y contrapunto: el mapuzugun y el castellano chileno. Es en diferido que nos llega hoy el relato de una memoria mapuche abierta a las marcas, estilos y noticias de los tiempos modernos, pero a la vez replegada tanto en las tradiciones propias como en los fundamentos del credo protestante en el que Manuel Aburto Panguilef fue formado desde niño.

No existen, por supuesto, datos que corroboren a Manuel Aburto como un lector de la poesía y la literatura de su tiempo. Se puede sin dificultad probar su devoción por la Biblia y sus lecturas «profesionales» de literatura jurídica y política. Sin embargo y a contrapelo del buen juicio y los protocolos de la investigación, no podemos sino advertir en sus escritos el soplo del *Ulises* de James Joyce, por ejemplo, esa corriente de la conciencia que todo lo nombra y lo desborda, configurando un lenguaje nuevo que imanta y repele en su maquinaria dialéctica los sentidos y sinsentidos del mundo. Situándonos más cerca de nuestro volcánico meollo lírico, cómo no traer a colación, leyendo las páginas de Aburto, el flujo de la poesía épica y social, materialista y metafísica a la vez de Pablo de Rokha. O la escritura automática de los surrealistas de la primera ola. O algunos pasajes vistosos, herméticos y desmesurados de *El pez de oro* del arequipeño Gamaliel Churata, quien, con afilada conciencia escritural y étnica señalara: «Los idiomas vienen de un tiempo de trino: el de la lactancia del Pithencantropo; se mezclaron después, contendieron con voces a ellos ajenas, asimilaban unas, chacháronlas, escupieron otras, en fin, las amañaron a la índole de su gorjeo y a la idiosincrasia de sus medios laríngeos en no pocos siglos».

Al canalizar el flujo torrencial de su conciencia mística a través de la escritura, Aburto Panguilef no sólo se fugaba y regresaba alternativamente a su cultura y su lengua, sino que construía una obra aluci-

nada en estilo y contenidos, mapuchizando el español para transformarlo en el idioma del desvarío religioso y de la acuciante utopía etnopolítica. A diferencia de otros escritores mapuches de su tiempo, como el profesor y diputado Manuel Manquilef, quien optó por redactar y publicar una obra ordenada, regida por los principios formales de la retórica y la ciencia, por traducir, en definitiva, su lengua y su pasado en conformidad con las pautas académicas nacionales y europeas, Aburto Panguilef fue un visionario y un poseído que hizo de sus anotaciones políticas y biográficas un maremagnum de referencias y citas tomadas de los diarios, de la religión mapuche y de los salmos y evangelios, elementos tensionados por un febril pensamiento erizado de signos míticos, augurios mutantes y estallidos verbales herméticos.

Esta es la obra gigantesca y aurática que interpela a la actual literatura mapuche y la obliga a sacudirse, ojalá que para siempre, de la autocomplacencia estética, política y cultural. Su ausencia, el vacío de su cuerpo, de su luz y de su sombra por más de seis décadas, es todavía una recalcitrante marca en la, a veces, sensible piel de nuestros discursos literarios. Manuel Aburto Panguilef, un sujeto indígena condenado a la grafomanía y al pewma, a la nomadía y la demencia, a las volátiles alianzas entre oralidad y escritura, a la fidelidad y el rechazo de los suyos, pasa ahora a la historia no como el maniaco del lápiz y el papel o como el exótico dirigente excéntrico y esencialista, sino como el secreto y continuo constructor de una obra profunda y renovadora, poderosa y deslumbrante, no sólo por la amplitud descomunal que alcanza, sino también por las extrañas y complejas potencias estéticas que desarrolla y anuncia. ■

\*Poeta. Texto leído en la 33ª Feria Internacional del Libro de Santiago en la presentación de la obra de Manuel Aburto Panguilef, *Libro Diario del Presidente de la Federación Araucana*, el 31 de octubre 2013.